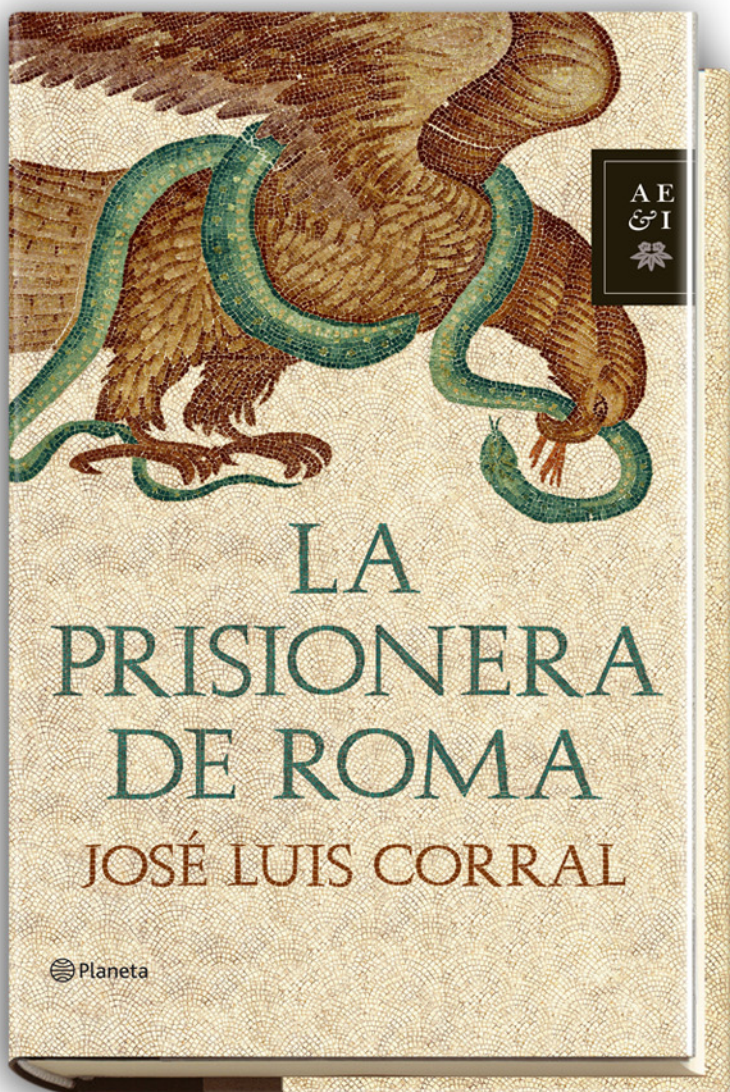


Fragmento

LA PRISIONERA DE ROMA

JOSÉ LUIS CORRAL



Descendiente de Cleopatra, señora de Palmira, reina de Egipto,
vencedora del imperio Persa y emperatriz de Oriente.

Sólo Zenobia podía atreverse a desafiar al imperio Romano.

José Luis Corral



La prisionera de Roma

Hubo un tiempo, a finales del siglo III,
en el que una bellísima mujer
—se dijo de ella que fue la más hermosa que había
existido— desafió al poder de Roma.
Esa mujer, descendiente del linaje de Cleopatra,
se llamó Zenobia y fue señora de Palmira,
reina de Egipto y emperatriz de Oriente.
Gobernó un imperio sobre la mitad del mundo
conocido desde una ciudad de leyenda, y soñó con
construir un mundo nuevo. Ésta es su historia.

DE LOS RECUERDOS DE ZENOBIA A SU HIJA

*Tívoli, cerca de Roma, fines de diciembre de 297;
1050 de la fundación de Roma*

—Sabes, hija, hubo un tiempo, no demasiado lejano, en el que yo fui la soberana del mundo.

»El Imperio romano agonizaba sumido en luchas intestinas entre ambiciosos generales y acosado por los bárbaros en todas sus fronteras. En ese tiempo no hubo nadie capaz de atajar tantos desmanes y tuve que ser yo, una mujer de Oriente, quien me enfrenté al caos y pugué porque la civilización no se viniera abajo y desapareciera para siempre.

»Desde Palmira, la ciudad más hermosa, nacida de la arena como una joya de piedra y seda, construí un enorme imperio, asenté las fronteras con los persas, mantuve a raya a los bárbaros, restauré el reino de Cleopatra y soñé con un mundo distinto.

»Hace ya treinta años de todo aquello. Es casi una vida, y lo recuerdo como algo tan lejano cual si hubieran transcurrido varios siglos, como si cada vez que lo rememoro estuviera evocando un sueño difuso y no algo vivido.

»Hubo un tiempo, hija mía, en el que los hombres de Oriente me aclamaron como al más grande de los conquistadores. Goberné ricas provincias y reinos populosos, guerreé en batallas junto a héroes formidables, conquisté planicies inmensas y montañas cuyas cimas rasgaban los cielos, cacé los más fieros leones y domé los más indómitos caballos, cabalgué por caminos de arena y por calzadas enlosadas, crucé el mar, tuve a Oriente sumido a mis pies y entregado a mi gobierno,

lo presencié desde la dorada Alejandría y los más egregios generales se postraron a mis pies como ante una diosa.

»Hubo un tiempo, mi amada niña, en el que el mundo estaba sumido en terribles convulsiones; las gentes carecían de gobierno, los poderosos humillaban a los humildes, los fuertes se imponían a los débiles, los justos eran desplazados por los avarientos. Yo cambié todo aquello; di prosperidad a mi pueblo, otorgué confianza a los mercaderes, provoqué el temor de mis enemigos y puse en orden una tierra que navegaba a la deriva.

»Tenía tu edad cuando me convertí en la reina de Oriente. Fui educada por ilustres eruditos y eminentes sabios que me enseñaron filosofía, historia y literatura, y gracias a ellos aprendí a comprender las miserias y las grandezas que habitan en los corazones de los seres humanos.

»Hubo un tiempo en el que los hombres combatieron y murieron por mí, en el que se libraron batallas épicas en las que la sola mención de mi nombre infundía temor en los enemigos y valor en los corazones de mis soldados. Los campos de batalla de Siria, de Egipto y de Mesopotamia vieron luchar a guerreros prodigiosos en defensa del reino que yo quería implantar, y morir por ese ideal que he perseguido durante toda mi vida.

»Hubo un tiempo, mi querida hija, en el que todos pronunciaban mi nombre como un susurro, en el que el viento llevaba de un lado a otro el relato de mis hazañas, en el que parecía posible construir un mundo mejor en el que acabaran las guerras y las matanzas.

»Yo viví aquel tiempo prodigioso, y tuve miedo. Sí, mi pequeña, tuve miedo muchas veces. Temblé como una niña desvalida en la soledad de mi aposento cuando me comunicaron el fallecimiento de mi primer esposo, lloré desesperada cuando murieron mis hijos, sentí el pavor atormentándome antes de cada batalla, se rasgaron mis entrañas cuando perdí el amor y cuando no pude evitar que Roma acosara mi reino. Pero en todas esas situaciones tan terribles me mostré fuerte y sólida delante de mis súbditos, que jamás me vieron llorar.

»Yo he vivido en una época que en los libros de Historia se

recordará como una edad confusa que tildarán de oscura y que tal vez presenten envuelta en un velo de tinieblas. Varios historiadores romanos ya han escrito sobre mí y, aunque alguno entiende mi proceder, la mayoría me trata en sus textos como la mujer ambiciosa que condujo a Roma y a su civilización al borde del abismo porque quiso ganar su propio reino antes que someterse a la ley del Imperio; incluso aseguran que fui pérfida en la traición y tiránica en el gobierno.

»Sé que cuentan cosas que no fueron ciertas y que inventan episodios macabros para ensuciar mi memoria. Lo sé, porque he leído algunas de ellas y he sido testigo de que esas conductas no son inusuales; y, además, porque el paso de los años altera la percepción de lo ocurrido cuando se rememora tiempo después.

»Presiento que el momento de mi muerte no está lejos, y que, cuando llegue, todos mis recuerdos se irán conmigo y de mí sólo quedarán unas líneas en una historia escrita por quienes me odiaron aun sin conocerme. Quiero que sepas que lo hicieron porque intenté cambiar este mundo injusto.

»Por eso, mi querida hija, deseo contarte todos esos recuerdos, para que no se olviden con mi muerte, para que tú los cuentes a tus hijos, y tus hijos a los suyos, y se perpetúen en nuestra familia.

»Y así, tal vez algún día, en un tiempo lejano, cuando hayan pasado muchos siglos y todos los monarcas de esta época no seamos sino simples nombres grabados en lápidas de piedra, alguien recupere mis recuerdos y cuente mi verdadera historia.

»Porque hubo un tiempo, hija, en el que yo pude ser la dueña del mundo.

CAPÍTULO I

*Palmira, en el desierto sirio, 23 de diciembre del año 245;
nueve días antes de las calendas de enero
del 998 de la fundación de Roma*

El médico griego le pidió a la egipcia que empujara con fuerza. La partera observó el pequeño bulto negruzco que asomaba entre las piernas de la parturienta, lo asió con delicadeza y tiró con la habilidad que sólo otorga la experiencia. Lo extrajo del útero materno y lo puso sobre el pecho de su madre. El médico ató con destreza un nudo con un cordel en el cordón umbilical y lo cortó.

La recién nacida, abiertos sus pulmones al nuevo aire fresco, rompió a llorar con energía. Los augures del templo de Nebo, intérpretes de los signos que anunciaban el futuro, habían vaticinado que del vientre de la egipcia nacería un varón; pero sus presagios habían fallado.

Zabaii ben Selim escuchó berrear a su retoño y, por la fuerza del llanto, supuso que los arúspices habían acertado; sonrió por ello. Entró esperanzado en la habitación donde su esposa, una bella egipcia a la que había comprado como esclava unos pocos años atrás y con la que después se había desposado, sudaba y gemía, agotada tras varias horas de parto.

Faltaba una jornada para la fiesta del solsticio de invierno, el día más corto del año, y en Palmira, la floreciente ciudad del desierto sirio, el agua de los estanques se había helado aquella noche por primera vez en mucho tiempo. Un gélido viento soplaba del norte y ululaba en las acroteras de los tejados, bajo un límpido cielo estrellado que parecía como

fundido en vidrio y moteado de chispas de perlas luminiscentes.

Zabaii se dio cuenta enseguida de que su primer retoño era una hembra, y contempló frustrado a la niña y luego a su esposa, cuyas muecas de dolor mudaron en cierto rictus de culpabilidad ante los ojos decepcionados de su desencantado marido.

El rico mercader había soñado con tener un hijo varón. Se lo había pedido, suplicado, al amable dios Nebo, a cuyo santuario, ubicado en la gran calle de columnas, cerca del teatro, había acudido meses atrás, cuando se enteró de que su esposa estaba encinta, para ofrecerle en sacrificio dos rollizos corderos y una docena de palomas torcaces de plumaje completamente albo. Había orado en silencio y realizado ante el altar del dios de los oráculos una docena de libaciones, en las que había derramado los más caros perfumes, quemado el más refinado de los inciensos y la más aromática de las mirras para pedir que el primer hijo que naciera de las entrañas de su esposa fuera un varón.

Sin embargo Nebo, señor de la sabiduría y de la escritura, un dios siempre tan cercano a los humanos y quizá por ello caprichoso e imprevisible como el más voluble de los hombres, no había atendido a sus intensas plegarias, que siempre había acompañado con cuantiosas dádivas. Quizá, pensó Zabaii, no había sido lo suficientemente generoso con los taimados sacerdotes que ejercían como únicos intermediarios entre los dioses y los hombres; tal vez si hubiera ofrecido en sacrificio otros cuatro corderos y dos docenas de palomas, y una docena más de monedas de oro y alguna pieza de seda...

Resignado, acarició el rostro sudoroso de su joven esposa y observó de nuevo a la niña, que estaba siendo enfajada con una banda de fino lino blanco por la comadrona. El médico se lavaba las manos en una palangana y, aunque no era el responsable, parecía contrariado por haber traído una niña al mundo. Zabaii no dijo una sola palabra, apretó los dientes, salió de la estancia y se sirvió una copa de dulce vino griego, de color amarillo dorado y con intenso sabor dulzón a resina y a madera verde. La bebió de un largo trago, apuró hasta la

última gota, más por rabia que por sed, tensó los músculos de sus mandíbulas y los de sus puños y maldijo en silencio a los dioses.

Zabaii ben Selim era un potentado mercader, dueño de varias tiendas en el mercado de la ciudad de Palmira y experto conductor de caravanas. Poseía un negocio a medias con un socio llamado Antíoco Aquiles, un avisado griego con el que compartía la propiedad de una recua de doscientos camellos con los que organizaban caravanas que a través de Palmira transportaban valiosas mercancías entre Egipto y Mesopotamia. Utilizaba tanto su nombre árabe, Zabaii ben Selim, como el romanizado de Julio Aurelio Zenobio, que era el que solía emplear cuando realizaba transacciones comerciales fuera de Palmira, especialmente en las ciudades sirias de la ruta hacia Egipto y la costa mediterránea.

Su estirpe era de origen árabe. Había heredado la jefatura del antiguo y orgulloso clan semita de los Amlaqi, un linaje de pastores nómadas que siglos atrás habían recorrido con sus rebaños de camellos y cabras los polvorientos senderos de tierra ocre entre los desiertos de Siria y los límites del misterioso y profundo país de Arabia, cuyas soladas regiones resultaban tan pavorosas que los únicos que se atrevían a adentrarse en ellas eran ciertos grupos de rocosos beduinos, que conocían la secreta ubicación de los escasísimos pozos de agua dulce que surgían cada dos o tres días de camino ocultos entre las montañas de piedra o en los inmensos pedregales de basalto, y cuya propiedad defendían con una ferocidad extrema.

Hacía ocho generaciones que sus ancestros habían abandonado el nomadismo y se habían establecido en la ciudad de Edesa, en el norte de Mesopotamia, y allí habían fundado una notable estirpe de aristócratas que, andando el tiempo, se convirtió en el clan encargado de la custodia del gran templo solar de esa ciudad, uno de los santuarios más venerados del oriente romano. Los otrora vagabundos del desierto se habían erigido en una casta de sacerdotes entregados al culto del Sol y se habían enriquecido como mercaderes de sedas y de perfumes.

Zabaii se mostraba orgulloso de su noble genealogía y de que, hacía ya más de cien años, uno de sus antepasados se trasladara desde Edesa a la floreciente Palmira, donde estableció sus negocios, que prosperaron hasta auparlo entre los más ricos mercaderes de esa ciudad surgida en torno al único gran oasis de palmeras en el desierto, entre las feraces huertas de Damasco y de Emesa y las fértiles riberas del río Éufrates.

Gracias a su provechosa actividad comercial y a sus buenas relaciones con Roma, uno de sus tatarabuelos había recibido la concesión de la ciudadanía romana por privilegio personal del recordado emperador Antonino Pío. Con ello, los miembros del clan de los Banu Selim se habían convertido en ciudadanos romanos de derecho pleno unos años antes de que otro emperador, Caracalla, otorgara ese mismo título a todos los habitantes libres del Imperio.

En agradecimiento a esa distinción imperial, los Selim habían añadido a su nombre árabe el gentilicio romano de Aurelio para dejar bien claro que sus derechos de ciudadanía procedían de una prebenda especial concedida por un emperador de esa dinastía a su familia, lo que los distinguía del resto de los palmirenos.

—El parto ha sido largo y complicado, pero la niña está bien y tu esposa se recuperará pronto —se limitó a informarle el médico.

Zabaii asintió con un gesto de la cabeza y salió al patio de su lujosa mansión en el barrio sur de la ciudad, muy cerca del santuario de Bel. Aspiró profundamente y el aire frío de la noche heladora inundó sus pulmones. Las estrellas brillaban en el cielo como lejanos destellos de brillantes purísimos.

Amaba aquella ciudad, a mitad de camino entre Oriente y Occidente, en la ruta de las caravanas. Amaba su preciada Tadmor, el nombre originario árabe, anterior al que le dieran los romanos dos siglos atrás: Palmira, la ciudad de las palmeras. Su caserío de piedra era un prodigio, situado en el extremo de una amplia llanura que se desplegaba infinita hacia el este y el sur, recostado al pie de unos escarpados cerros de piedra que lo protegían de los vientos del noroeste, surgido

como en un sueño imposible de entre pedregales estériles y dunas de arena, junto a milagrosos pozos de agua y a un extenso y fértil palmeral que hacían factible la vida urbana en medio de aquella descarnada desolación.

Alzó la mirada al cielo y contempló, hacia el horizonte meridional, la constelación que los griegos llamaban Orión, el mítico cazador, y bajo ella la luz brillante y límpida de Sirio, la estrella fija más luminosa del firmamento, la que en las noches de invierno señala a los caminantes la ruta del mar cálido, más allá de los insondables desiertos de Arabia, cuya declinación marcaba uno de los ciclos según el cual los antiguos medían los grandes períodos del tiempo. Encaró su rostro desafiante hacia las titilantes estrellas y musitó:

—Te pedí un hijo, dios Nebo, un varón que mantuviera mi negocio en mi vejez, que fuera mi báculo y mi sustento cuando me alcance la decrepitud de la ancianidad, que continuara el noble linaje de mis antepasados, y no has atendido a mis piadosas plegarias. ¿Qué te he hecho yo, dios del destino y señor del futuro? ¿Por qué me has castigado con la maldición de una hija primogénita? ¿Acaso debería haberme encomendado a ese nuevo dios al que adoran los cristianos? ¿Acaso debiera haberle pedido a él lo que tú te has negado a otorgarme? Tal vez debiera haberlo hecho, sí. Seguro que es más poderoso que tú, seguro que él sí hubiera respondido a mis oraciones y a las ofrendas de mis sacrificios y hubiera atendido mis demandas. Quizá haya llegado el tiempo de renegar de los viejos dioses inútiles y volver los ojos a las nuevas creencias.

Los árabes, tanto los comerciantes y agricultores que vivían en las ciudades y oasis de las rutas de las caravanas como los nómadas beduinos que se desplazaban en un perpetuo ir y venir por los caminos del desierto, consideraban que si el primogénito era una niña, los dioses manifestaban con ello que no estaban contentos con el padre y, de ese modo, le infligían un castigo por su reprobable conducta. En ciertos casos, sobre todo entre los nómadas, era frecuente que las niñas nacidas en primer lugar fueran asesinadas impunemente al poco tiempo de ver la luz, algunas incluso enterradas vivas en las arenas

del desierto, todavía con el cordón umbilical colgando de sus pequeños e hinchados vientres.

Zabaii masculló su odio y estuvo a punto de estallar de rabia y de maldecir a gritos a todos los dioses de Palmira, pero dominó su ira y se contuvo. Amaba a su bella esposa egipcia; se había prendado de su hermosura rotunda y extraña cuando la vio expuesta en la tarima del mercado durante una subasta de esclavos en Alejandría. Pujó por ella y la adquirió por cuarenta monedas de oro. La llevó a su casa de Palmira, la liberó de la esclavitud y se casó con ella según el rito árabe en una ceremonia en el templo de Bel. No le echaba la culpa por haber parido a una niña; el responsable de esa desgracia era él, tal vez por haber orado ante el dios equivocado o por no haber sido más desprendido en la ofrenda al santuario de Nebo; si hubiera sido más generoso, probablemente el dios hubiera atendido a sus ruegos. Pero ¡quién sabe cuál es el verdadero precio para conseguir ganarse la voluntad de los veleidosos dioses!

—¿Cómo piensas llamarla?

Zabaii se giró y reconoció en la semipenumbra del patio la voz del médico griego que había atendido a su esposa en el parto.

—No lo sé; no lo había pensado. Ni por un instante imaginé que mi primer hijo pudiera ser una niña —le respondió—. Hace unos meses ofrecí un sacrificio, quemé incienso y libé esencias de sándalo y algalia en el templo de Nebo; le supliqué que mi primogénito fuera un varón. Y ya ves, me ha concedido una niña. ¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo? Nunca he olvidado mis obligaciones para con nuestros dioses ni para con nuestra ciudad.

—Tal vez el nacimiento de tu hija no sea cuestión del capricho de los inmortales, ni siquiera un castigo de Nebo o del mismísimo Bel. Asevera Galeno, el más famoso y docto de los médicos de Grecia, gracias al cual conocemos el funcionamiento del cuerpo de los seres humanos, que las niñas se gestan cuando el vientre de la madre recibe menos calor; Aristóteles, el más insigne erudito de los griegos, ya dedujo que por ese mismo efecto la mujer carece de pene, y que las hembras no son otra

cosa que varones mutilados, imperfectos e incompletos. Ésa es la causa última de que la mujer sea inferior al hombre.

El criado del médico salió al patio con una lucerna de bronce; su luz ambarina iluminó los rostros de los dos hombres.

—¿Podrá engendrar más hijos? —le preguntó Zabaii.

—Sí, no te preocupes. La próxima vez que dejes encinta a tu esposa, los dioses te premiarán con un varón. Llevo muchos años asistiendo partos y puedo asegurarte que nace un número similar de niñas y de niños. Por ahora he acabado mi trabajo y debo regresar a casa. Mañana a mediodía volveré a ver cómo se encuentran tu esposa y tu hijita. De momento todo ha salido muy bien; tu esposa es fuerte, fértil y sana, te dará más hijos, muchos más, si tú pones algo de tu parte, claro —comentó el médico mientras se colocaba sobre los hombros el manto de lana que le acercó su criado.

—¿Quieres cobrar tus honorarios?

—Mi criado te pasará la minuta más adelante. Ahora debes acompañar a tu esposa en su pesadumbre. Ella sabe bien cuánto anhelabas un hijo varón. Se siente desgraciada y culpable por no haber cumplido tus deseos y sólo tú puedes consolarla. No la dejes sola y procura que repose en calma.

—Descuida, la confortaré, y con ello me confortaré yo mismo.

Zabaii ofreció una copa de vino al médico griego, que la despachó de un par de tragos; luego lo acompañó hasta la puerta de la casa, lo despidió con un beso en la mejilla, al estilo oriental, y lo vio alejarse por la calle alumbrada por el candil que portaba el criado. Cerró la puerta con el cerrojo y se dirigió hacia la habitación donde descansaba su esposa.

—Está bien; es una mujer valerosa —le comunicó la partera—. Y la niña crecerá sana. Nada más salir se aferró con una de sus manitas a uno de mis dedos con la convicción de quien desea vivir por encima de todo.

—En ese caso puedes marcharte; yo velaré el sueño de las dos —le propuso Zabaii—. Toma —le entregó una bolsa con monedas—, aquí tienes el pago a tus servicios. Es lo acordado, y he añadido, además, otras tres piezas de plata.

—Gracias, mi señor, gracias. Si me necesita cualquiera de las dos, no dudes en avisarme.

—La llamaré Zenobia, Julia Aurelia Zenobia —asentó Zabaii ante la matrona.

—¿Zenobia?

—Sí; se trata de la forma romana del nombre árabe *Znwbya*, casi imposible de pronunciar para un griego o un romano; es la versión femenina de mi tercer nombre, el mismo que han llevado algunos miembros destacados de mi familia.

—Zenobia... Suena muy bonito; precioso y rotundo como un perfecto verso breve.

—Una mujer bella requiere de un nombre bello.

—Todavía es pronto para asegurarlo, pero creo que tu hija tiene los ojos de su madre —dijo la comadrona.

—Será tan hermosa como ella.

—Sí, así será —predijo la partera.

Zabaii recitó en árabe el nombre de su hija con la filiación de todos sus ascendientes conocidos: «Znwbya al-Zabda ibn Zabaii ibn Salim ibn Amr ibn Thaqrab ibn Hasan ibn Adhina ibn al-Samida...». Intentó disimular su frustración, pero apenas podía ocultar que seguía apesadumbrado por no haber tenido un hijo varón. Tal vez hubiera más oportunidades. Sí, seguro que las habría.

CAPÍTULO II

*Palmira, once años después, verano de 256;
1009 de la fundación de Roma*

—¡La caravana, ya llega la caravana! —Un vigía, desde su atalaya, la había visto aparecer al otro lado del palmeral y había corrido a dar la noticia—. Pronto estará aquí —anunció alborozado.

La esperada caravana procedente del este se acercaba a Palmira por el camino del Éufrates. Una esclava estaba cepillando la larga y negra cabellera de Zenobia en el patio de la casa de los Selim. La muchacha se levantó de golpe de su escabel de madera con incrustaciones de marfil, apartó a un lado a la esclava y acudió corriendo hacia su madre, a la que habló en egipcio, lengua que había aprendido de su boca.

—¡Madre, madre, la caravana ya está aquí!

—Tranquilízate, Zenobia, todavía se encuentra lejos de la ciudad; el vigía acaba de dar el aviso, pero aún tardará un cuarto de día en llegar. Hay tiempo para preparar el recibimiento de tu padre.

—¿Qué nos traerá esta vez? —preguntó la niña con los ojos ávidos de sorpresas.

—No lo sé, tal vez un hermoso collar con escarabajos de oro, o pulseras con piedras de lapislázuli, o una diadema de perlas, o vestidos de finas gasas y sedas... Nunca se sabe; tu padre no ha dejado de sorprenderme.

—¿Puedo ir a recibirlo a la entrada de la ciudad, puedo?

—Sí, pero ten cuidado —le advirtió su madre.

—Hace dos meses que mancho de sangre los paños ínti-

mos; alguna de mis amigas ya se ha casado: no soy una niña, madre, voy a cumplir once años.

—Aún faltan algunos meses; pero, aunque crezcas mucho, para mí siempre serás mi niñita pequeña. No obstante, si sales a la calle cúbrete la cabeza con un pañuelo de seda. Tú misma lo has dicho: ya estás en edad para que te deseen los hombres; debes comenzar a preocuparte por ello.

Tras el nacimiento de Zenobia, la esposa de Zabaii había dado a luz a tres niños más, todos ellos varones, pero ninguno de ellos había sobrevivido más allá de unas pocas semanas pese a los ingentes donativos ofrecidos por el mercader a todos los dioses venerados en el gran santuario de Bel y en otros templos de Palmira, incluso en el de Nebo, al que también había vuelto a recurrir pese al desencanto del primer parto de su esposa. La egipcia siempre llevaba al cuello, colgada de una cadenita de oro, una piedra rojiza de aetita, como eficaz amuleto para proteger a las embarazadas de un aborto.

Pero el mercader árabe se resignó a no tener un hijo varón cuando el médico griego le anunció que, tras el cuarto embarazo, su esposa ya no podría concebir más criaturas. Desde luego podría haber tomado otra esposa, como hacían algunos potentados árabes, pues la mayoría de los ricos solía desposar a una segunda mujer joven cuando la primera dejaba de ser fértil, pero prefirió continuar casado únicamente con la egipcia. Desde entonces, toda su ilusión se había centrado en Zenobia, que crecía alegre y jovial.

La muchacha recogió su hermoso cabello negro en un moño alto y cubrió su pelo con un tocado de fina gasa sujeto por una diadema orlada de perlitas como gotas nacaradas de rocío; se vistió con una túnica de seda con listas azules, amarillas y moradas y sobre el tocado se colocó un pañuelo de seda azul —aunque sin tapar la mitad inferior de su rostro, como si solían hacer algunas mujeres palmirenas cuando salían de casa— y corrió hacia la puerta este de la ciudad, justo en donde el gobernador Odenato había ordenado levantar una muralla que protegiera a los ciudadanos de Palmira de cualquier amenaza exterior.

Los palmirenos estaban habituados a recibir en su ciudad

decenas de caravanas a lo largo de todo el año, pero en este caso se trataba de una de sus propias misiones comerciales, lo que se convertía en un espectáculo que nadie quería perderse. Aquélla era, además, una ocasión especial, porque un día antes un grupo de soldados romanos que huían de un ataque de los persas había traído noticias alarmantes de Mesopotamia y se había extendido una inquietante preocupación por toda la ciudad.

El rey Sapor I, hijo de gran soberano Artajerjes y segundo monarca de la dinastía de los sasánidas —un linaje de belicosos señores que había acabado con el poder de la dinastía de los reyes persas y se había adueñado del trono de Ctesifonte, deponiendo a los decadentes monarcas del debilitado clan de los partos— había atacado por sorpresa la gran fortaleza romana de Dura Europos, el principal bastión de la formidable línea defensiva del Imperio de Roma en la frontera de Mesopotamia, a orillas del caudaloso río Éufrates, a seis días y medio de camino de Palmira, y la había destruido. En el ataque había caído el *dux ripae*, el comandante romano de la fortaleza, a cuyas órdenes directas estaban sometidas todas las guarniciones de la frontera oriental.

Hacía sólo doce años que el propio Sapor había firmado un acuerdo de paz con el emperador Filipo el Árabe, pero los sasánidas habían aprovechado esa tregua para rearmarse y aguardar durante todo ese tiempo la oportunidad propicia para atacar la frontera oriental de Roma, en sus deseos de ganar para su imperio todas las tierras que se extendían entre Mesopotamia y las costas orientales del Mediterráneo, las que los romanos denominaban como su provincia de Siria.

Sapor había prometido a su padre Artajerjes, agonizante en su lecho de muerte, que arrojaría a los romanos de Mesopotamia, Siria, Anatolia y Egipto, y que conduciría al nuevo imperio de Persia a alcanzar la grandeza de los florecientes tiempos de los grandiosos monarcas aqueménidas como Ciro o Darío. Para ello había aguardado con paciencia el instante preciso y había atacado justo en el momento de mayor debilidad de Roma, aprovechando que el emperador Valeriano, con el título de augusto, y su hijo, el también emperador Ga-

lieno, con el de César —el apelativo que se otorgaba a quien actuaba como una especie de segundo emperador y resultaba nominado por ello como sucesor—, estaban siendo acosados en todas las fronteras por los bárbaros y cuestionados incluso como emperadores legítimos por varios candidatos dispuestos a usurpar el trono a cualquier precio.

Ante el desgobierno del Imperio, bandas de aguerridos germanos habían penetrado en el norte de Italia y llegado hasta la misma ciudad de Rávena, en la costa del Adriático, que habían saqueado a placer; las tribus de los alamanes y de los francos, dos de las más poderosas naciones de entre los germanos, esquilaban a su antojo las provincias occidentales de la Galia e Hispania, en donde habían destruido numerosas ciudades, villas y aldeas, algunas de las cuales habían quedado completamente abandonadas; la tribu de los alanos, un belicoso pueblo surgido del interior de las profundidades de Asia, recorría con absoluta impunidad el norte de Italia y el sur de la Galia arrasando cuanto encontraba a su paso; aquel mismo invierno miles de guerreros godos habían asolado la región de Macedonia, en el norte de Grecia, y durante la primavera habían saqueado las costas del Mar Ponto, también llamado Negro, y las provincias de Asia Anterior, y se habían atrevido a asaltar los arrabales de grandes ciudades como Trebisonda, Nicomedia, Calcedonia y la mismísima Bizancio, algunas de las cuales estaban siendo abandonadas por sus ciudadanos, que huían espantados ante lo que se les venía encima. Los bárbaros se habían plantado en el corazón de Grecia gracias a una numerosa flota que los había transportado desde las costas del Mar Negro, buena parte de ella suministrada por piratas e incluso ricos comerciantes que obtenían por ello notables ganancias.

Bandas descontroladas de salvajes cuados y aguerridos sármatas, que se contaban entre las tribus más feroces de los bárbaros, recorrían los caminos de la rica provincia de Panonia sin que nadie les hiciera frente, saqueando haciendas y arrasando cosechas y talleres; la provincia romana de la Dacia, la única ubicada al norte del curso del río Danubio, que fuera conquistada siglo y medio atrás por el emperador Trajano en una cruenta guerra, tuvo que ser evacuada a toda prisa ante la

imposibilidad de defenderla. Con la retirada de la Dacia, la frontera del Imperio retornó a la ribera derecha del gran río. En medio de aquel caos y desgobierno por todas partes se alzaron ambiciosos generales que se autoproclamaron emperadores; bandas de ladrones se organizaron como si se tratara de verdaderos destacamentos militares y se echaron a los caminos para ganarse la vida mediante el robo, el bandidaje y el saqueo de las poblaciones indefensas.

En aquellos aciagos días, el antaño temible nombre de Roma no garantizaba ni la paz ni la seguridad en ninguna de las provincias del Imperio, y Sapor consideró que aquélla era la situación propicia para acabar de un audaz golpe de mano con la presencia romana en Asia.

El ataque imprevisto de Sapor había sorprendido a la gran caravana de Palmira en las cercanías de la fortaleza de Dura Europos. Algunos soldados romanos de la IV Legión Escítica, con campamento en la ciudad Zeugma, llegados a Palmira tras huir del ataque persa a Dura Europos, habían informado de que una avanzadilla del ejército sasánida había alcanzado a la retaguardia de la caravana palmirena, y se sabía que algunos hombres habían perecido en el ataque, aunque las ricas mercancías venían de camino, todas a salvo.

En cuanto se corrió la noticia de que la caravana estaba próxima a la ciudad, centenares de críos acudieron a su encuentro y con ellos muchas madres y esposas, anhelantes de recibir a sus hijos y maridos tras varias semanas ausentes.

Zenobia se encaramó en lo alto de un tramo de la muralla a medio construir, colocó la mano a modo de visera sobre los ojos y oteó el horizonte. Pasó un buen rato hasta que entre las arenas apareció el primero de los camellos, sobre la cresta de una suave colina ocre, y después surgieron decenas de ellos cargados de fardos con los más delicados y lujosos productos de Oriente. Seguro que portaban nacaradas perlas del Índico, hermosísimas telas de Tiraz y de Herat, lujosas vajillas de loza dorada de Ctesifonte, finísimas sedas de China y relucientes piedras y joyas preciosas de la India.

Ésos eran algunos de los formidables tesoros que habían convertido a Palmira en la ciudad más rica y próspera de todo el levante romano, un emporio comercial en el que el más modesto de los artesanos y el más humilde de los mercaderes eran más ricos que cualquiera de los más ufanos comerciantes de Hispania o de la Galia, pobres provincias orilladas en el lejano extremo occidental del Imperio.

No menos de cuatrocientos camellos se alineaban en dos columnas, y al frente de toda la caravana debería estar Zabaii ben Selim, padre de Zenobia y jefe de aquella expedición comercial.

Cuando las primeras acémilas se acercaron a un centenar de pasos de la puerta a medio levantar, algunos niños salieron corriendo hacia ellas esperando recibir alguna moneda o unas golosinas de los conductores de los camellos. Zenobia permaneció quieta sobre el muro, paralizada por un extraño y amargo presentimiento que le avisó de que algo no marchaba bien.

Se irguió sobre sus piernas cuanto pudo y precisó su mirada hacia la vanguardia de la caravana, aunque no vislumbró en ella la figura inconfundible de su padre. Zabaii ibn Selim viajaba siempre a la cabeza de la recua de camellos, sobre una gran camella de pelo muy claro, casi albina. La camella blanca estaba allí, pero nadie la montaba en esta ocasión.

Una sensación de pavor y de angustia recorrió el estómago de Zenobia, que descendió con agilidad de la muralla en construcción por los andamios de madera y se acercó despacio, como intentando esquivar a un destino no deseado.

Como ya había percibido en la distancia, ningún jinete montaba la camella alba; sobre su joroba, doblado a ambos lados del lomo, se bamboleaba al ritmo cadencioso de los pasos del animal un fardo del tamaño de un hombre adulto, perfectamente sujeto con cuerdas de cáñamo y tiras de badana. A su lado, sobre una camella parda, cabalgaba Antíoco Aquiles, el mejor amigo y socio de Zabaii, un astuto mercader griego que casi siempre acompañaba a Ben Selim en sus viajes comerciales.

Ante la mirada apesadumbrada de Antíoco, no hizo falta decirle a Zenobia que aquel fardo cuidadosamente atado contenía el cuerpo de su padre.

La madre de Zenobia, que se había quedado en casa aguardando noticias, rompió a llorar con grandes gemidos nada más ver el rostro abatido y los ojos acuosos de su hija, a la que acompañaba un pesaroso Antíoco.

—Lo siento, mujer, lo siento —balbució el griego—. Nos topamos con ellos a unas millas al oeste de Dura Europos. Unos soldados romanos que huían en desbandada, probablemente desertores, nos informaron de que los persas habían atacado Dura Europos y que los perseguía un regimiento de jinetes sasánidas. Nuestros oteadores comprobaron que ese destacamento de la caballería ligera del ejército sasánida avanzaba hacia nosotros a toda velocidad desde el camino del Éufrates. Zabaii ordenó cargar los camellos con las mercancías y salir presto hacia Palmira. Sorprendidos por el ataque inesperado, perdimos un tiempo precioso y, aunque logramos ponernos en camino antes de que los persas llegaran al lugar donde habíamos acampado, un escuadrón de su caballería ligera nos persiguió unas cuantas millas al oeste del río.

»Vimos que las columnas de polvo que levantaban los cascos de sus caballos se dirigían hacia nosotros muy deprisa y aceleramos la marcha cuanto pudimos, pero eran mucho más rápidos y nos avistaron al final de una amplia vaguada.

»Tu esposo se puso al frente del centenar de hombres armados que custodiaban nuestra caravana y se preparó en la retaguardia para cerrar el paso a los persas y garantizar así la retirada de todos los demás y la salvaguarda de las mercancías. Me conminó para que yo dirigiera la caravana y la condujera a salvo de regreso hasta Palmira mientras él nos cubría.

»Juro por los dioses inmortales que me ofrecí a quedarme a su lado y que le pedí que me permitiera combatir junto a él codo con codo, pero me dijo que, si él caía, yo era el más indicado para traer hasta aquí la caravana, y no me dejó otra opción. Ya conoces lo obcecado que era cuando se empeñaba en algo.

—¿Lo viste morir? —le preguntó la egipcia entre sollozos.

—No. Mientras tu esposo y aquellos cien valientes nos pro-

tegían de la acometida de los persas, salimos hacia Palmira a toda prisa. Los que allí se quedaron ofrecieron sus vidas por la salvaguarda del cargamento y de todos los demás.

»Me encargué de dejar atrás a unos oteadores para que observaran cuanto ocurría y nos fueran informando de lo que sucediera en aquella vaguada; montaban los caballos más rápidos y tenían orden de mantenerse alejados de la lucha para evitar ser abatidos. Dos días más tarde nos alcanzaron y nos comunicaron que se había librado un cruento combate entre los hombres que mandaba tu esposo y la avanzada de los persas; los sasánidas, mucho más numerosos, habían acabado con todos los nuestros, pero ellos habían sufrido muchas pérdidas, por lo que habían optado por retirarse a la recién ocupada Dura Europos.

»Entonces encargué a mi ayudante que encabezara la caravana y la condujera sin pérdida de tiempo directa hacia Palmira, y decidí regresar al campo de batalla con una docena de hombres. Cuando llegamos allí contemplamos un espectáculo macabro. El combate había sido feroz, los nuestros se batieron con coraje y bravura extraordinarios, pero la superioridad de número de los persas acabó por imponerse y liquidaron a todos esos valientes.

»Vimos los restos de una gran fogata y supusimos que los persas habían quemado allí los cadáveres de sus muertos tras una ceremonia a sus dioses. Con los nuestros no habían sido tan piadosos. Habían colocado sus cadáveres desnudos sobre la tierra, expuestos al sol. Les habían cortado las manos y los pies, la nariz, la lengua y las orejas, y les habían sacado los ojos. —Antíoco omitió precisar que también les habían cortado los testículos y el pene y se los habían metido en la boca—. Pude identificar el cuerpo de Zabaii por la cicatriz de su hombro izquierdo. Enterramos a nuestros muertos en una fosa común, la cubrimos con piedras como mejor pudimos y ofrecimos un sacrificio a los dioses. Sólo recuperamos el cadáver de tu esposo, que envolvimos en unos paños con ceniza, aceites y arena. Y regresamos con el grueso de la caravana, a la cual alcanzamos ya cerca de Palmira.

—¿Sabes si sufrió al morir?

—Tenía una herida profunda y muy ancha en el pecho, cerca del corazón; debió de recibir un tajo contundente y brutal, tal vez con una azagaya o con un hacha; en esos casos, la muerte sobreviene muy deprisa, casi de inmediato.

La otrora esclava egipcia maldijo su suerte, blasfemó contra los dioses de Palmira por haber consentido la muerte de su esposo y se abrazó a Zenobia, musitándole palabras cariñosas en el idioma de Egipto. La muchacha acarició el rostro lacrimoso de su madre y le enjugó las mejillas con un pañuelo de seda; luego le dio un beso en la frente y la consoló hablándole en su idioma de nacimiento, el de los antiguos faraones del valle del Nilo, que ya pocos hablaban ante el avance de la lengua griega en la tierra de las pirámides.

Zenobia miró a Antíoco con sus ojos grandes y brillantes como dos soles negros. El dolor le rompía el corazón y le carcomía el alma, pero se mostraba serena y entera.

—Serás digna de tu padre. Ahora, Zenobia, tú eres la jefa del clan de los Amlaqi.

El gobernador Odenato, que cinco años atrás había sido reconocido como miembro del Senado de Roma, recibió a Antíoco Aquiles en su palacio en el barrio norte de Palmira. El mercader griego todavía estaba apesadumbrado y tembloroso; había logrado escapar del ataque de los persas y había salvado las mercancías y la caravana, pero había perdido a Zabaii, su socio y a la vez su mejor amigo, y a cien de los mejores guerreros de Palmira.

—Estábamos cerca de Dura Europos cuando nos cruzamos con algunos soldados romanos que huían despavoridos. Entre ellos había un puñado de palmirenos; precisamente fueron éstos quienes nos avisaron de que Dura había sido destruida por el inesperado ataque del ejército de Sapor, los dioses lo maldigan y cubran de desdichas a su prole y a toda su descendencia por siempre —relató el mercader.

—¿Te contaron esos soldados cómo se produjo el asalto a la ciudad y su ocupación? —preguntó Odenato a la vez que indicaba a un criado que le sirviera a su informador una copa

de vino rojo de Siria rebajado con agua, aromatizado con canela y perfumado con almizcle.

—Sí, mi señor. —Antíoco saboreó un trago de la copa de vino—. El ejército persa apareció por sorpresa, cerró el asedio y comenzó a lanzar sobre Dura balas incendiarias desde sus catapultas y enormes bolaños contra sus murallas. Pese a los continuos lanzamientos los muros resistieron bien y los incendios fueron sofocados con presteza debido al abundante suministro de agua de que se disponía gracias a la proximidad del cauce del Éufrates.

»Fue entonces cuando los persas pusieron en práctica una táctica de asalto jamás vista hasta ahora. Sus zapadores cavaron bajo los muros de la ciudad unos largos túneles hasta alcanzar los principales baluartes de los legionarios; sobre las minas y los incendios los muros se resquebrajaron, pero resistieron. Enterados de la táctica de los persas, los romanos excavaron a su vez sus propias minas para cortar el avance subterráneo de los enemigos. Durante días se combatió con la misma intensidad bajo la tierra que sobre la superficie. Al fin, los persas lograron asentar sus posiciones en los túneles y colocaron unas bolas de betún, esa sustancia negruzca, maloliente y pegajosa que brota del suelo en algunas zonas de Mesopotamia, y las mezclaron con cristales de azufre; después les prendieron fuego y salieron de los túneles corriendo. La combustión de aquella pringosa amalgama emitió unos gases venenosos que se filtraron por el suelo arenoso y poroso de la ciudad hasta salir a la superficie; centenares de defensores y miles de pobladores murieron asfixiados por los efluvios tóxicos.

—Tienes razón; jamás se había utilizado una argucia como ésta en el asedio de una ciudad —ratificó Odenato.

—Un centurión de la II cohorte de la XVI Legión, formada en su integridad por hombres de Palmira, que salvó su vida descolgándose durante la noche por la muralla, nos contó que los venenosos vapores del azufre mataban en el acto a todos cuantos los inhalaban, hombres, mujeres y bestias, y que era imposible librarse de ellos, pues brotaban del mismo suelo por toda la ciudad. Los que pudieron escaparon esa noche por las murallas de la puerta que da al río; una vez en la orilla

se arrojaron a la corriente aprovechando la oscuridad y nadaron huyendo de la masacre. Un puñado de legionarios logró evadirse, o tal vez desertó, y con éstos fue con quienes nos topamos y quienes nos avisaron de la caída de Dura Europos y de que un regimiento del ejército persa venía hacia nosotros, pues se habían enterado por algunos cautivos de que una caravana cargada con ricas mercancías acababa de partir de la ciudad antes de su sorpresivo ataque —continuó Antíoco—. Desconocedores de lo que sucedía a nuestras espaldas, habíamos acampado para pasar la noche a unas cuantas millas de Dura, pero en cuanto nos enteramos de lo ocurrido levantamos el campamento con presteza.

»Zabaii, como jefe de nuestra caravana, me ordenó que me dirigiera con las mercancías y los caravaneros a toda prisa hacia Palmira mientras él nos cubría la retirada con un puñado de valientes. A Zabaii lo mataron los persas, pero mi corazón alberga una sospecha...

—¿Qué es lo que te inquieta? —le pidió Odenato.

—El clan de los Tanukh ha sido tradicional enemigo del de los Amlaqi, de los cuales Zabaii era su jefe. Creo que algunos miembros de esa tribu, que tienen agentes en Dura, pudieron informar a los persas sobre nuestra situación.

—Esa acusación es muy grave. ¿La puedes probar?

—No; sólo se trata de un presentimiento.

—En ese caso, nada puedo hacer. ¿Y los soldados que huyeron de Dura Europos, dónde están?

—Los legionarios romanos decidieron dirigirse hacia el norte, a la ciudad de Apamea, donde está ubicado el mando de su legión. Los palmirenos que servían en la II cohorte han venido con nosotros hasta Palmira; algunos de ellos se adelantaron para dar cuenta de nuestra llegada.

—Entonces, Dura está en manos de los persas...

—Sí, pero no creo que consoliden allí una posición estable. Sapor le prometió a su padre que conquistaría Siria, pero me parece que ése no es su objetivo. Se han limitado a destruir el campamento romano y a acabar con la principal fortaleza de Roma en la frontera de Mesopotamia. Si me permites una opinión, señor, creo que dejaron escapar a aquellos pocos

hombres porque les interesaba que contaran a sus generales cómo se había producido la toma de Dura y la mortandad que causaron los gases emitidos por esa mezcla venenosa de azufre y betún.

—Si dominan esa poderosa arma, cualquier fortaleza puede ser ocupada por los persas.

—Si los suelos son permeables a los gases y se pueden excavar galerías bajo ellos. Aunque también podrían arrojar sobre las fortalezas esa letal mezcla en bolas ardientes desde sus catapultas; el efecto devastador sería el mismo.

Odenato se atusó la barba, teñida de un negro intenso, pues de natural comenzaban a asomar algunas canas, y musitó:

—Habrá que darles una lección. Han matado a muchos de los nuestros y lo han hecho con crueldad. Juro solemnemente ante los dioses de Palmira que no dejaré esta afrenta en el olvido; juro que vengaré a nuestros muertos; se arrepentirán de lo que han hecho.

Tras morir el primero de sus hijos varones en el momento del parto, Zabaii había ordenado a una cuadrilla de albañiles que construyeran un hipogeo en la necrópolis al suroeste de la ciudad, donde también enterró a sus otros retoños muertos al poco de nacer. Hacía ya ocho años que se había terminado la tumba subterránea excavada en el suelo, dotada de una sala principal de quince pasos de largo por cuatro de ancho y una pequeña antecámara. Por consejo de su amigo y socio Antíoco, Zabaii encargó a un escultor griego unos relieves donde el joven y bello Ganimedes era raptado por Zeus en forma de águila; en otro, Aquiles aparecía vestido de mujer entre las hijas del rey Nicomedes de Esciros intentando evadirse de la guerra de Troya. Cuando el rico mercader encargó su excavación, no esperaba que su cadáver la ocupara tan pronto.

Obsesionados por el más allá de la muerte, hacía tiempo que los palmirenos construían unas formidables tumbas para procurar en ellas su descanso eterno y el de sus familiares más próximos. Las lujosas casas y palacios en la vida y las notables tumbas en la muerte constituían los símbolos de la riqueza y

prosperidad de sus propietarios. En el valle de las tumbas y en las laderas de los montes ocre que protegen Palmira de los vientos del septentrión, las sepulturas se construían en forma de torres de piedra labrada, de planta cuadrada; algunas alcanzaban una altura superior a la de la suma de diez hombres. Se trataba de enterramientos colectivos para ser ocupados por varios miembros de una misma familia. La mayoría respondían a un mismo tipo: sobre un amplio plinto construido con enormes sillares se levantaba una torre de planta rectangular, en cuyo interior se alineaban los cadáveres en sarcófagos ubicados en nichos. Las paredes y los techos estaban decorados con frescos en los que predominaban los colores rojo, azul, marrón y púrpura, los favoritos de los palmirenos, en tonos muy vivos y perfilados con filetes dorados. Muchas de esas sepulturas se asentaban sobre entradas de túneles que perforaban la montaña y se ramificaban para crear nuevos espacios para los enterramientos y para intentar evitar el saqueo de los ladrones.

En la necrópolis del suroeste, en el llano más allá del palmeral, las tumbas se excavaban en el suelo, como los hipogeos de los egipcios, se cubrían con una bóveda de piedra y quedaban enterradas bajo la arena. Unos apuntando hacia el cielo, como hitos orgullosos de las familias allí enterradas, otros ocultos bajo la tierra, esperando disfrutar del silencio y la tranquilidad del mundo subterráneo, aquellos sepulcros eran los monumentos erigidos a la memoria de los muertos.

Los dos cementerios estaban orientados hacia el sol poniente, una significativa señal de que los palmirenos creían que este astro representaba al dios más poderoso de los cielos.

El cadáver de Zabaii, descompuesto por las terribles mutilaciones a las que lo sometieron los persas y por el tiempo transcurrido desde su muerte, fue lavado por los embalsamadores y bañado en natrón, una sustancia blanquecina que se obtenía tras mezclar con sal las cenizas que quedaban al quemar una planta llamada barilla. Los maestros enterradores habían descubierto que el natrón conservaba los cadáveres durante mucho tiempo y evitaba que los tejidos humanos se descompusieran; la extrema sequedad de los terrenos que rodean Palmira contribuía además a evitar la putrefacción.

Los embalsamadores, una profesión muy rentable en Palmira dado el extendido culto a los muertos, extrajeron el cerebro de Zabaii por el hueco de la nariz, cercenada por los persas, y le abrieron el vientre para vaciarle las entrañas y los órganos internos, que enterraron lejos de la ciudad; no era costumbre, como sí hacían los egipcios, conservar las vísceras del difunto en unos vasos junto al resto del cadáver. Sólo dejaron en su interior el corazón, impregnado de natrón, pues consideraban que en él radicaba el espíritu del muerto y la fuerza que le había transmitido el dios del Sol.

Una vez preparado el cadáver, lo envolvieron con varias bandas de tejido de lana y de lino y lo vistieron con una túnica de seda repuntada con hilo de oro. Los familiares de Zabaii fueron avisados de que ya estaba listo para ser colocado en la tumba. La viuda se vistió de negro y cubrió su rostro con un velo de gasa. A su lado estaba la joven Zenobia, cuya belleza y serenidad, pese a que todavía no había cumplido los once años de edad, asombraron a cuantos asistieron al sepelio del mercader.

Una procesión integrada por unas quinientas personas, entre las que se encontraban algunos familiares del clan de los Banu Selim y de la tribu de los Amlaqi, destacados miembros del gremio de mercaderes, comerciantes de la cofradía a la que pertenecía el difunto y artesanos de Palmira y no pocos curiosos, así como los principales magistrados de la ciudad, acompañaron al cortejo fúnebre hasta la tumba en la necrópolis del suroeste, en la zona de los hipogeos.

Al sepelio también se sumó Odenato, el gobernador de Palmira; quería demostrar la gratitud de la ciudad hacia el hombre que con sus negocios había contribuido a enriquecerla y al sacrificio realizado para salvar a la caravana y a sus componentes.

El cadáver fue depositado al fondo de la sala principal del sepulcro excavado en la tierra, dentro de una sepultura coronada por una escultura en piedra en la que aparecía el propio Zabaii recostado sobre un diván, con una sutil sonrisa perfilada en sus finos labios, al lado de su esposa, representada en actitud de retirarse el velo con el que cubrían su rostro en

público las mujeres, su hija Zenobia, esculpida a la edad de diez años pero imaginada como si tuviera veinte, y los otros miembros de la familia, los tres niños muertos apenas recién nacidos, representados cual si hubieran alcanzado varios años de vida y vestidos con ricas telas estampadas y engalanados con primorosas joyas. La imagen de piedra de Zabaii mantenía una copa en la mano, en actitud de brindar por la vida futura, mientras la de su esposa sostenía una lanzadera, el utensilio para hilar la lana y el algodón cuyo uso solía identificarse con la ocupación propia de las mujeres.

El día anterior al enterramiento unos canteros habían labrado una inscripción en la pared de la tumba donde figuraba el nombre de Zabaii ben Selim y la fecha de su muerte según el cómputo del tiempo del calendario seléucida, el que más se usaba en Palmira, en el idioma propio de los palmirenos, que se escribía con caracteres similares a los del arameo, y debajo su traducción en griego, en las letras de los helenos.

La viuda colocó dentro de la tumba, como ofrenda a la memoria de su esposo y de sus antepasados, unos delicados anillos de plata, un broche y un torques de bronce, tres lucernas de barro con aceite para iluminar el tránsito del cuerpo al otro mundo en la oscuridad de la muerte y unos ungüentarios de piedra para recoger las lágrimas que se suponía que derramaban los recién fallecidos cuando se encontraban solos en el tenebroso mundo de los difuntos.

El sacerdote que dirigía la comitiva y que no había cesado de musitar oraciones fúnebres desde que la procesión saliera de la ciudad pronunció en voz alta una última plegaria dirigida al dios Bel y trató de consolar a la viuda y a la hija de Zabaii con hermosas palabras.

Los más allegados, que habían descendido al sepulcro, salieron por la escalera tras depositar ofrendas en los nichos donde yacían los cadáveres de los hijos de Zabaii, y, tras ellos, lo hizo Antíoco Aquiles, tutor de los bienes de su socio, quien cerró las pesadas puertas de piedra, que no volverían a abrirse hasta que otro miembro de la familia falleciera y pasara a ocupar su lugar en el hipogeo.

Durante el funeral, el gobernador Odenato no había deja-

do de fijarse en Zenobia; parecía fascinado por los brillantes y hermosos ojos de aquella bellísima adolescente, y se sintió atraído por su serenidad y su elegancia. Odenato ya estaba casado, pero entre los árabes, aunque no era lo habitual, la poligamia estaba permitida siempre que el esposo pudiera garantizar el mantenimiento adecuado de todas sus esposas y manifestara un trato igualitario hacia todas ellas. Sólo unos pocos de los muy ricos ciudadanos de Palmira tenían más de una esposa, y apenas una docena de grandes potentados estaban casados con más de dos.

Ya en el exterior de la tumba, Odenato, sentado sobre su caballo, anunció a la multitud que aguardaba fuera que Zabaii dispondría de su propia estatua, que sería ubicada en uno de los pedestales de las columnas de la avenida principal de Palmira, un honor reservado a los ciudadanos más ilustres.

Pocas semanas después, la estatua de Zabaii, tallada en un taller dirigido por un maestro escultor griego, fue colocada sobre la peana de una de las columnas de la gran avenida triunfal de la ciudad, cerca de la calle lateral que daba acceso al patio de la Tarifa, como correspondía a un destacado comerciante cual había sido el padre de Zenobia.